

Lisboa'94



La ciudad del escritor

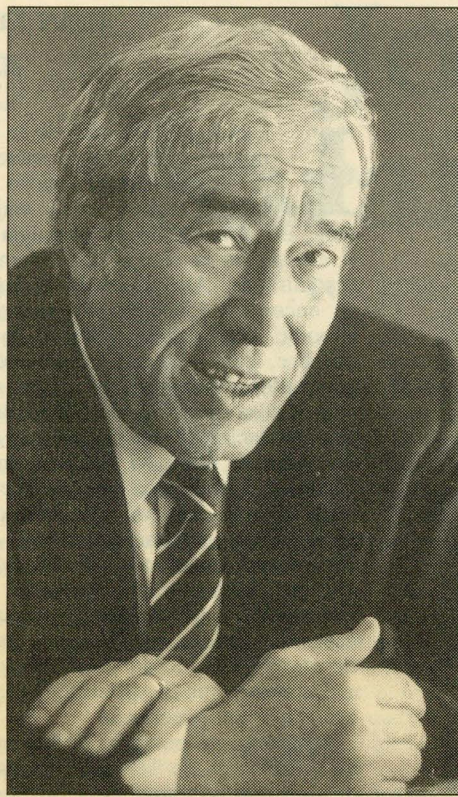
LA ESFERA

«El color de Lisboa es el azul»

Entrevista con el escritor lisboeta José Cardoso Pires, autor de «Balada de la playa de los perros»

Los organizadores de Lisboa'94 han encargado a José Cardoso Pires un texto, «Vistas da Cidade», que comparte volumen con un escrito de Pessoa. El propio autor ha ofrecido una muestra como anticipo, en exclusiva para los lectores de LA ESFERA.

Elvira Huelbes



José Cardoso Pires.

José Cardoso Pires es uno de los escritores portugueses más notables, con una obra todavía escasamente conocida en España. *Balada de la playa de los perros* (Seix Barral, 1984), es quizá la novela más difundida, en parte porque se llevó al cine. También está traducida *El huésped de Job* y *El Delfín* (Seix Barral, 1972), pero al menos un libro de cuentos aguarda aún a que se dé a conocer a los españoles. Hablamos de *La ciudad blanca* y de cómo se va a poner de moda Lisboa con esto de las celebraciones.

Pregunta.— ¿El color de la ciudad es como sugirió Alain Tanner, blanco?

Respuesta.— No me lo parece a mí. El blanco de Lisboa es, como poco, enigmático, porque Lisboa es ciudad de colinas lo que hace que el blanco sea muy ambiguo, muy relativo. Cambia el blanco a cada momento, porque en las colinas el sol se esconde, se altera. Eso me hace pensar que el color real de Lisboa, sea el mitológico azul. Azul atlántico.

P.— ¿Qué es lo más característico de Lisboa?

R.— Lo que me parece más propio son

las «calçadas», los empedrados de las aceras. Que yo sepa no hay otra ciudad en el mundo con las calles empedradas de esta manera. Hay una escuela municipal en Lisboa de «calçeteiros», donde se enseña cómo usar el martillo para cortar la piedra en cubos iguales y «plantarlos» en la tierra como si fueran diamantes.

P.— También llaman mucho la atención los azulejos.

R.— Se trata de una tradición antigua, importada de los árabes, que se recupera, por suerte. Ahora, no hay arquitecto joven que no incluya azulejos entre los materiales

para sus proyectos. En *Vistas da cidade* describo el metro de Lisboa —pequeño pero en fase de ampliación— que creo acabará siendo el más bello de Europa. Está hecho de azulejos que guardan relación con los de arriba, con dibujos y diseños de grandes pintores, como Vieira da Silva. Hay, por tanto, una relación oculta entre la ciudad subterránea y la de arriba. Todo el metro será una especie de lectura subterránea de Lisboa.

P.— Lo que hay, dicen, es mucho gasto.

R.— Sí, claro. Pero al menos se está teniendo cierto cuidado en restaurar rincones de la ciudad con coherencia.

P.— Entonces a usted ¿qué le parecen estas celebraciones?

R.— Yo creo que servirán para algo. Llevamos mucho tiempo aislados, especialmente este último medio siglo. Fuera de lo que ocurría en el resto de Europa. Ahora, formamos parte de ella, estamos comprometidos con ella. Esta celebración me parece una oportunidad de afirmación europea, una ocasión de dar a conocer la cultura portuguesa.

P.— A Saramago y a Bento no les hace mucha gracia.

R.— Con mi amigo Saramago estoy de acuerdo en casi todo. Ni él ni yo somos fanáticos europeístas. Pero su postura de que la estructura cultural es la que debe estar perfectamente dotada demoraría siglos. Claro que lo ideal sería que el gobierno portugués —este gobierno de mierda— gastara mucho más en la cultura, preparara el desarrollo cultural otros cincuenta años más antes de celebrar esta iniciativa. Pero no es posible. Por eso creo que es oportuno este Lisboa 94.

P.— En su libro *O anxo ancorado*, decía usted que aparecía una fauna nueva. ¿Cree usted que hay esa nueva fauna en la novela portuguesa?

R.— Sí, ya lo creo que la hay. En todas partes, en España también. Estamos viviendo tiempos en que no sólo estamos cambiando de sociedad sino de civilización. Se trata de un cambio que supone un movimiento muchísimo más dramático que el

cambio de fin de siglo pasado, por ejemplo. Los valores, los conceptos, el vértigo del consumismo, la mistificación de la cultura, el protagonismo del espectáculo... todo esto va fraguando una cultura diferente. Añada usted el fundamentalismo, el cristiano también. Hasta una pequeña anécdota, como es el preservativo, acabó convirtiéndose en una necesidad de supervivencia que condiciona el comportamiento libre de la sexualidad humana, por ejemplo. El sida mató al cáncer, enfermedad de la que ya no se habla.

P.— Y eso que sigue actuando, desgraciadamente.

R.— La inseguridad que se respira en las ciudades también condiciona los cambios. Yo me siento más seguro en Lisboa que en Madrid, pero Madrid al lado de Río de Janeiro es una balsa de tranquilidad. La relación entre la gente, la calidad de vida de los ciudadanos, su propia calidad humana, todo eso está cambiando tan radicalmente que no puede hablarse de cambio social solamente, sino de algo más importante, más estructural. El humanismo se está muriendo, destruido por la tecnología.

P.— Sí, pero hay una necesidad de buscarlo también ¿no?

R.— Pero las oportunidades de encontrarlo sólo se ofrecen para los ricos. El peligro de la tecnología es que empuja a la sociedad a ser cada vez más complicada, más perfeccionada tecnológicamente. Pero para que tal cosa se mantenga, hay que crear élites cultivadas que controlen los niveles superiores de las relaciones en la política, las finanzas, el campo internacional. Para ser director de un banco importante el candidato ha de ser humanista, tener algo de cultura humanista, porque se parte aún del discurso político general. Pero a los dirigentes no les interesa que el común de los ciudadanos estén tan preparados, sino antes lo contrario. Interesa que un médico que está estudiando un hígado piense sólo en eso y no en Dios. En Dios ya piensa el cura, el teólogo, que está para eso.

P.— Quizá por eso Portugal es un país

de novelistas, sobre todo. Hacen falta buenas novelas que expliquen tanta complejidad.

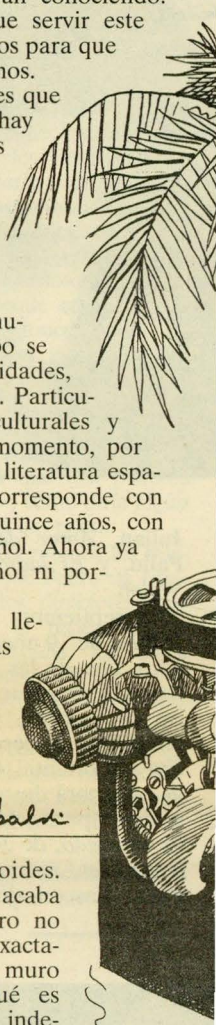
R.— Surgieron muchos novelistas en Portugal después del 25 de abril. Hace ya veinte años... Me parece que ocurre algo parecido en España. Mi editor (Don Quixote) tiene una colección que se llama «Letras españolas», por ejemplo. Hasta hace poco tiempo sólo se conocía a Cela, un poco a Delibes... Hoy se habla de más nombres. Se editan, se leen y se van conociendo.

P.— De algo tendría que servir este invento de Europa. Al menos para que se conozcan mejor sus vecinos.

R.— Claro. Lo que pasa es que en este invento europeo hay un aspecto tenebroso que es el diálogo norte-sur, que es algo terrible para portugueses y griegos, especialmente. Sin embargo la infraestructura que une España y Portugal ha mejorado: carreteras, medios de comunicación... Al mismo tiempo se están profundizando afinidades, como la galaico-portuguesa. Particularmente las relaciones culturales y comerciales. Hay en este momento, por tanto, una apertura para la literatura española en Portugal que se corresponde con la que existió, hace unos quince años, con la promoción del cine español. Ahora ya no se puede ver cine español ni portugués, sólo americano.

P.— Con la modernidad llegan también nuevas ideas estéticas, algunas de corte fascista. ¿Se nota eso mismo en Portugal?

R.— Creo que aquí un joven piensa más en la obtención de dinero, a causa del desempleo, que en posturas estéticas fascistoides. Claro que se sabe dónde acaba Europa —en Lisboa— pero no se sabe dónde empieza exactamente. Con la caída del muro pocos pueden explicar qué es exactamente Europa. Estas indefiniciones son, en mi opinión, muy graves. Y lo peor es que no se vislumbra una solución de estabilidad. La guerra de los Balcanes lo demuestra. Por eso hay que defender a brazo partido la libertad de expresión. Es lo que ahora nos está salvando. Sólo nos salvan los medios de comunicación y la independencia del poder judicial.



Saribaldi